

ALMACEN
DE FRUTOS LITERARIOS.

Semanario de Palma.

JUEVES 12 DE DICIEMBRE DE 1844.

TEATROS.

LA INFANTA GALIANA, *drama en tres actos, de D. Tomas Rodriguez Rubí.*—AVISO A LAS COQUETAS, *comedia en un acto, de D. Manuel Breton de los Herreros.*

(REPRESENTADAS EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE.)

Asi como decia Napoleon, en el tiempo de su fortuna, que contaba el número de sus batallas por el de sus victorias, diremos tambien nosotros que por sus triunfos cuenta el Sr. Rubí el número de sus dramas. Seguro ó poco menos puede estar al dar uno nuevo á la escena de que su suerte no ha de ser desfavorable: el jóven poeta ha aprendido á conocer perfectamente al público; y este ha aprendido tambien á adivinar á aquel. Desde los primeros versos el uno se revela y el otro aplaude, y hasta el fin de la obra siguen en este trueque recíproco, en esta perfecta armonía, en esta buena inteligencia. Y es porque si hay un autor que posea un tacto esquisito, que acierte siempre con la medida justa de todas las cosas, que sepa cuales cuerdas pueden tocarse mas seguramente, y cuales vibran mejor en el alma de los espectadores, ese es el señor Rubí. Ni es ahora tampoco cuando descubrimos esta cualidad en él; desde sus primeros ensayos, si pueden llamarse asi sus primeras obras, manifestó ese instinto admirable, al que ha debido tantos y tan inmarcesibles laureles.

Añadamos á ellos el de *La Infanta Galiana*: no es esta una de esas concepciones acabadas, sublimes, admirables, como por ejemplo *La Rueda de la fortuna* ó *Bandera negra*; no es su asunto nuevo ni brillante, ni tampoco se presta de suyo á la inspiracion del poeta por las combinaciones á que da lugar, ó por su vivo interes. Nada de eso: es la sencilla historia del amor de una mora y de un cristiano;—una de aquellas en que nos entretenian dulcemente en la tranquila infancia,—en que los protagonistas son la infanta de Toledo Galiana y aquel animoso y esforzado príncipe, hijo de Pipino, rey de Francia, de quien tanto nos habla la historia bajo el nombre de Cárlos Martel ó Martello. Como nuestros lectores recordarán—porque esas impresiones de la niñez no se borran nunca de la memoria—la hija del monarca toledano estaba prometida á otro; ese otro era Bradamante, régulo de Guadalajara y no menos famoso por su valor y pujanza. Tanto Cárlos como el último de quien vamos hablando, vinieron á la ciudad imperial, en ayuda de Galafre, el padre de Galiana, y llamados de este que los tenia por amigos para rechazar la injusta agresion y otros desafueros del monarca cordobés Abderraman.—La madre de la infanta habia sido cristiana; así y por eso imperiosas simpatías arrastrábanla no solo hácia el amor del que el mismo culto profesaba, sino tambien hácia la religion sublime del Crucificado.—Cual era de esperar, vence por fin esta inclinacion y Galiana recibe el sagrado bautismo.—Su padre, cuando ella misma se lo dice, se enfurece, la maldice, y—¿quién no se acuerda de esto?—la manda encerrar en una altísima torre.

Verifícase entretanto la batalla para que fueron demandados Cárlos Martel y Bradamante, y son completamente batidos los moros cordobeses; pero en seguida debe verificarse un duelo de mucho antes aplazado entre los dos rivales; un combate á muerte que ha de dejar al que sobreviva único dueño de la muger que ambos aman.—Aquí justamente era donde siempre temblábamos, (siguiendo siempre la memoria de nuestros años infantiles;) aquí era donde temiamos ver á la pobre infanta entregada en manos del brutal sarraceno, y yerto y sin vida al mancebo generoso y enamorado.—Otro tanto le sucede al público en ese trance: ¿quién vencerá, Martel ó Bradamante?—Los dos son valientes; los dos se odian; á entrambos les mueve un impulso igual; y si bien al uno puede estimularle el despecho, el otro le ha de dar fuerzas la certeza de ser amado.—En cuanto á nosotros, sabemos muy bien, aunque fuese drama y no comedia, que habia de triunfar el príncipe frances.—Por la historia!... nos dirá alguno sonriéndose maliciosamente.—No, no: por la época, por el gusto actual.—Hace ocho años habria sido inmolado despiadadamente Martello, á pesar de historias y tradiciones; porque el público, tirano nas inflexible que Nerón, lo mandaba y lo exigia así.—Ya se entenderá que hablamos de los tiempos del romanticismo, en que los dramas eran tragedias; hoy por el contrario, los dramas son comedias, con raras escepciones; y nosotros desde el principio, (y volvemos á asegurar que no por la historia) sabemos que el monarca toledano depondria su enojo, acabando por consentir en que Galiana fuera esposa del hijo de Pipino.

Por el modo ligero y superficial con que hemos referido el argumento, del nuevo drama del señor Rubí, se habrá visto justificado lo que aseata-

mos arriba, de su escasa novedad y no muy grande movimiento. En efecto, á veces es lánguido y frío; pero ni un instante solo causa ni disgusta. En eso, precisamente en eso, consiste el talento del autor; en interesar con resortes gastados; en hacerse aplaudir donde muchos no lo habrían conseguido; en triunfar cuando otros hubieran fracasado. El secreto de esta maravilla es el arte con que el poeta sabe revestir los incidentes mas triviales de formas nuevas y graciosas; y así como Medea, rejuvenecer y hermosear lo antiguo, lo pasado, lo viejo.

Siempre sobre el esqueleto de sus dramas, arroja el Sr. Rubí un manto lujoso de seductora poesía, esta vez se ha escedido á sí mismo; como que en eso consiste el principal mérito de la obra; como que la versificación y la belleza de los caracteres la sostienen esencialmente. Nuestros lectores no se quejarán sin duda de que les demos aquí una prueba de lo que decimos, copiando el precioso monólogo de Galiana en el primer acto.

Galiana.

Esa esperanza ilusoria
en alas huyó del viento;
tan solo tú, pensamiento,
tras de ella volando vas.

Allá á lo lejos la miro
vagar con incierto giro;
la llamo con un suspiro....
y se aleja mas y mas.

Ay de la triste que llora
en soledad apartada,
como el ave enamorada
que perdió su libertad!

Fortuna, ¿con tus rigores
querrás tan tiernos amores
sepultar entre las flores?
¡Llorad, mis ojos, llorad!

¿Llorar yo que siempre fui
en mi raza la primera?

¡Sultana yo... y prisionera,
esclava de amor así!

¿Qué valen mis ricas galas?
porque de este amor en alas
osé levantar escalas
sobre humo y viento ¡ay de mí!

No mas estas engañosas
visiones del alma mia
para hacerme compañía
vendrán á mi soledad.

Si para mí no hay ventura
ni para mis duelos cura...

dejadme con mi amargura...

¡volad, quimeras, volad!

La ejecucion fue esmerada, sobresaliendo como siempre Matilde Diez con su inteligencia, con su inimitable talento dramático. Y un poco mas tarde era ver transformada á la infanta mora en la mas donosa coqueta cristiana de nuestros dias: porque es de advertir que el señor Breton, el caritativo Sr. Breton, ha querido dar un *Aviso a las coquetas*, así como no há mucho el Sr. Vega les presentó tambien una *Escuela*. Nosotros pensamos que, á pesar de tanta prevision y de tanto cuidado, ellas han de seguir contumaces é incorregibles. Testigo el tiempo.

La comedia de que hablamos, es un lindísimo juguete como sabe hacerlos su autor; lleno de gracias desde el primer verso hasta el último; esmaltado de ocurrencias felices, y de incidentes cómicos como el de la pesca de la peluca; pero repetimos que no causará gran efecto el aviso entre aquellas á quienes va dirigido, ademas de lo dicho ya, porque el castigo no es muy severo; todo se reduce á quedarse la coqueta con la mitad del dote que tenia ántes. Sin nada se quedarian algunas primero que renunciar á sus mañas.

Ademas de la protagonista, estuvieron felicísimos en la pieza Teodorita Lamadrid, y los Sres. Luna, Romea, Lumbreras y Lopez. Verdad es que se necesitaba tan poco para estarlo!

A esta funcion le ha cabido la insigne bonra de que la primera noche asistiese la real Familia á ella. Solo el respeto debido á tan augustas Personas, pudo impedir que fuesen llamados á la escena los autores del drama y de la pieza.

RAMON DE NAVARRETE.

BIBLIOTECA.

ESTUDIOS FILOSOFICOS.

Con el modesto título de *Compendio de filosofía* se están imprimiendo en Cádiz unas lecciones de psicología y de moral, que no dudamos se adopten como testo en las universidades y colegios de España.

Amantes de nuestra patria y deseosos de verla recobrar su antiguo lustre y su importancia en Europa, aplaudimos con todas veras el noble celo de los que procuran contribuir á los progresos de su cultura, difundiendo entre nosotros los conocimientos de los pueblos más civilizados.

El Sr. D. Juan José Arboli, autor de la obra que anunciamos, no ha perdonado medio alguno para ponerse al nivel de la ciencia, examinando las doctrinas que corren con mas crédito en el orbe literario, y tomando de ellas lo que le ha parecido mas conforme á los sanos principios de la razon.

Dedicado años ha à la enseñanza de la juventud en el colegio de San Felipe de Cádiz, donde desempeña las cátedras de lógica y de moral, ha conocido por propia esperiencia cuán difícil es hacer perceptibles las nociones abstractas á los que están en la edad en que apenas comienzan los primeros destellos de la reflexion, y ha puesto todos sus conatos para conseguir que sus lecciones sean tan claras, que al ménos perspicaz no le ofrezcan dificultad alguna.

El éxito ha coronado sin duda sus esfuerzos; porque en las entregas de psicología y de moral que tenemos á la vista, observamos que las ideas que suelen revestirse de fórmulas estrañas en los autores de allende el Rhin, se presentan en términos sencillos, acompañándolas con ejemplos que las hacen palpables aun para el que mas desacostumbrado esté à esta clase de estudios.

El Sr. Arboli refuta victoriosamente los sofismas del materialismo, sin desconocer por eso la parte importante que tienen las sensaciones en nuestros pensamientos; observador imparcial, enumera los hechos y distingue aquellos cuya noticia adquirimos por ministerio de los sentidos, de

los que conocemos por la conciencia. La parte que hasta ahora va publicada de la psicología, nos da la certidumbre de que el libro del Sr. Arboli cumplirá el designio que su autor se propuso.

Tendremos por fin, unos elementos de filosofía racional, en que la ciencia se enseñe de manera que los españoles adquieran idea completa del estado que hoy tiene en Europa este importante ramo de los conocimientos humanos.

Al mismo tiempo que la psicología, se está imprimiendo la moral.

En esta parte todavía se descubren mejor la oportunidad y el mérito de la obra.

Cuando solo se habla del entendimiento y de sus facultades, parecen muy distantes del uso de la vida las cuestiones que se suscitan acerca de la naturaleza de la acción que ejerce el cerebro en el acto de pensar, y sobre si es ó no compatible la memoria con las propiedades de la materia; pero se echa de ver toda la trascendencia de las opiniones adoptadas en este punto, al querer aplicarlas como criterio de nuestras acciones.

Al que todo lo ha reducido á la sensibilidad, no le resta mas que el placer y el dolor para explicar las ideas de bien y de mal: la justicia es la utilidad: el propio provecho, el fin supremo de la vida, y la virtud y la abnegacion se reducen á cálculos interesados hechos con sagacidad, ó á delirios de imaginaciones enfermizas.

El siglo XVIII nos da vivo ejemplo de los efectos que producen en la práctica esas doctrinas disolventes: los hombres pensadores no pudieron ménos de retroceder al contemplar los extremos á que conducia un sistema que durante largos años se habia preconizado como único verdadero.

Analizando entónces con mejor acuerdo las facultades intelectuales y morales, no tardaron mucho en advertir cuán contrarias eran á la verdad las ideas que por fáciles de comprender les habian al principio seducido.

De nuevo halló cabida en la ciencia la distincion de lo útil y de lo justo y recobró la virtud los fueros que un grosero sensualismo le habia usurpado.

El Sr. Arboli enseña que las ideas no son accidentes de la materia, ni fenómenos de la vida orgánica: que hay en el hombre un principio superior al cuerpo con quien está unido, y que merced á la espiritualidad de ese principio comprende las nociones de deber y de justicia y concibe que su perfeccionamiento consiste en obedecer las leyes del orden moral, cuya noticia adquiere por medio de la razon que de la esfera de lo relativo y movetizo le conduce á la de lo absoluto y permanente.

La idea del deber es simple y no dimana de otra alguna: siempre será obligatorio restituir lo ajeno por mas que el hacerlo traiga menoscabo á nuestros intereses, ó suceda que los afectos mas profundos de nuestro corazon nos impulsen á obrar de modo distinto.

Un libro en que se inculcan doctrinas tan sanas como verdaderas acomodándolas ademas á la capacidad de los niños que comienzan á asistir á los cursos de filosofía, es acreedor á los elogios que acabamos de tributarle.

El Sr. Arboli ha escogido la forma del diálogo como la mas adecuada

para dilucidar el pensamiento; puesto que en las preguntas se contienen las dificultades mismas que habrían ocurrido al que empieza á iniciarse en los principios de la ciencia; el estilo y el lenguaje son los que convienen á la materia; y los textos antiguos y modernos escogidos con tino singular.

No dudamos que los padres de familia, los directores de colegios, y los catedráticos de nuestras universidades, se apresurarán á aprovecharse de las tareas del Sr. Arboli: y creemos tambien que el gobierno recomendará la obra como propia para la enseñanza.

CAMINO DEL CIELO.

Nuevo y bellissimo *Devocionario*, conocido con el nombre de *Devocionario de Sevilla*.

Tenemos á la vista un ejemplar de la segunda edicion de este libro, verdaderamente de oro, del cual vamos á dar breve cuenta á nuestros lectores.

Ante todo nos ha complacido en él, la advertencia de haber sido impreso prévio el *permiso y aprobacion de la autoridad eclesiástica*, y enriquecido con concesiones de indulgencias. Aquella condicion tan imprescindible, como por desgracia mal entendida en obras de su clase, debe desde luego prevenir favorablemente el ánimo de los fieles.

A ello debe de contribuir no ménos poderosamente el saber que su redaccion ha estado confiada á *eclesiásticos* de alta reputacion, de saber y de virtud. Sin que sea nuestro ánimo en manera alguna censurar á los seglares que contribuyen á promover el espíritu de devocion entre sus hermanos, creemos que á los sacerdotes es á quienes principalmente toca hablar de las cosas del altar: ellos lo tienen por obligacion y de aqui nace su competencia.

Otra observacion hemos hecho. Frecuente ha sido en estos tiempos la publicacion de devocionarios en verso, obras piadosas que elogiamos sinceramente, pero que preferiremos mas como *Abums* ó *Ramilletes* de devotas inspiraciones, que como libros destinados á la oracion y á la prescripcion de los deberes cristianos. Para esto son, á nuestro entender, preferibles las oraciones en prosa, que se acerquen en lo posible al texto, y vayan conformes con el espíritu de las que usa la iglesia en la celebracion de sus sagrados misterios y ceremonias á que se refieren. Ni por ello proscribimos enteramente la poesia; pero la queremos para los cánticos de la iglesia misma, á fin de que los fieles puedan repetir sus acentos de júbilo. El *Camino del cielo* ha realizado por dicha nuestros deseos. El señor don Juan Bautista Nouaillac, distinguido predicador en Sevilla, auxiliado por el Escmo. Sr. don Manuel Lopez Cepero, dean de aquella santa iglesia y por el Sr. D. Fernando de la Puente, cura de su parroquial de S. Miguel, han redactado todo el cuerpo de la obrita, ora componiéndola de nuevo, ora traduciendo de obras extranjeras, ora entresacando lo mejor de las varias que poseemos en su género. Para la parte poética, es

decir, para *la traducción de los Salmos y Cánticos de la Escritura* han obtenido la cooperación de varios de nuestros mejores ingenios, hallándose en el *Devocionario* composiciones de los Sres. Lista, Pacheco, Gonzalez Carrasal, Castro y Orozco, Puente y Apecechea y Mora. Esto en cuanto al contenido del *Devocionario*, del cual quisiéramos copiar algunos trozos que serian su mejor recomendación.

En cuanto á la parte material, nada de cuanto en su género ha salido hasta ahora de las prensas españolas, puede compararsele por la belleza y elegancia de la impresión, ya por el esquisito papel en que está hecha, ya por las preciosas láminas con que se halla enriquecida. A esto se agrega el gran favor con que la ha acogido el público, que aun casi sin que se haya escitado su curiosidad por anuncios, ha agotado en pocos meses la primera edición. La segunda sale á luz considerablemente aumentada.

Recomendamos con todo encarecimiento esta preciosa obrita á nuestros lectores y sobre todo á las piadosas señoras españolas á quienes principalmente está dedicada, y no ménos á los establecimientos de educación, de los cuales varios de los mas acreditados de la corte y de varias capitales de provincia sabemos con satisfaccion que lo han adoptado para uso de sus alumnos de ambos sexos.

La esposa del asesino.

Pocos son los pajarillos que acostumbrados á atravesar, rápidos el aire libre sufren la estrecha prision que les destina el hombre en su barbarie; los que no mueren de tristura, aprovechan la primera ocasion que se les presenta de hendir el mágico azul del cielo.

LA CALUMNIA, novela inédita.

Quién de vosotros esté sin pecado, que la tire la primer piedra.

(SAN JUAN, cap. 8º, v. 7º)

NATALIA á los diez y siete años era huérfana, sin tener una afeccion que la ligase al mundo. ¡Ah! ¡Sabeis lo que es ser huérfana á los diez y siete años!! ¡hallarse en esa edad de amor y de creencias, de delirio, sin el cariño de una madre que contemple los arrebatos del corazón, muger, sola y abandonada como flor del norte que arrojó el vendabal en germen al desierto abrasado!! ¡pobre azucena sin mancilla! exhalarás tu aroma en una atmósfera fétida, y cuando te sientas deshojada, mustia, y busques una gota de rocío para tu cáliz abrsado, tal vez un hombre en su correrías por los pensiles te mirara por un momento y luego te aplastará bajo su pie.

Hay algunos seres que aman el fatalismo, por necesidad; pues que por el hado están condenados á amar, á ser desgraciados. La pobre niña en medio de su soledad sintió la necesidad de encontrar un corazón que comprendiese el suyo, y amó á Alberto como hubiera amado á su padre ó un hermano, como las rosas aman al aura ó como las yerbas el antiguo muro á que se enlozan; ó mas bien por dos sentimientos, por dos convicciones, por el sentimiento imprescindible del corazón y por la convicción de la debilidad propia.

En la edad de las creencias, cuando rebosa el corazón infinitas venturas para el porvenir; cuando volamos en alas de la mágica esperanza, confiamos en que nunca se acabará el Océano; empero pronto se seca y vemos lleno el inmenso vacío que deja por la sangre que ha vertido el corazón, por los raudales de lágrimas que han derramado los ojos: ¡cuán caras nos cuestan esas tres grandes afecciones que nos roban la muerte ó el desengaño; esos tres lazos de la vida que se encierran en las palabras padres, amor, amistad! ¡cuántas lágrimas se derraman al venir la amarga convicción de que el ídolo ante cuyo altar depusimos las primicias del corazón está formado de inmundos lodos!!

Empero Alberto era como Natalia, una de esas hermosas flores que balsámicas y puras se abren en la mañana al dulce cantar de los pajarillos bajo la húmeda mirada de la aurora, y á la tarde mueren agostadas por un sol abrasador: el bello y cándido joven amó á Natalia como se ama á los veinte años, y su amor fué el sol que vivificó aquella tierna planta, y luego la sociedad fría, el hombre que es la sociedad fría, el hombre que es la sociedad, la deshojó sin piedad y puso sobre su frente la deshonra.

Natalia á los veinte años estaba pues relegada de la sociedad; ya no era adulada por nadie, ni se plegaban los labios de todos al verla como queriendo sonreirla cariñosamente; habíasela retirado del mundo, privándola, como he dicho ya, de la adulación y de las sonrisas, que son la interdicción de agua y fuego de las sociedades modernas.

Ya hacia tiempo que queria yo conocer el alma de esa joven que todos rechazaban, no por esa curiosidad criminal y feroz que nos hace acercar á los grandes infortunios, como nos acercamos al teatro para ver la representación de un drama trágico, sino por un movimiento instintivo de mi alma, que me decia que esa muger tan despreciada y tan escarnecida era mas que ser desgraciado, un corazón enfermo cuya agonia podria endulzar vertiendo en él algunas gotas de bálsamo; los desgraciados empero no tienen confianza en los consuelos humanos; ¡han sufrido tanto! ¿Qué se les da para templar sus dolores sino el desprecio que irrita, la curiosidad que desgarrá ó la compasion que enloquece? Nunca ven un corazón que se derrame en el suyo sin preguntas de nieve ni miradas escrutadoras, con el abandono de los sentimientos verdaderamente humanos: el mundo es un salón de justicia siempre abierto, donde los hombres se juzgan unos á otros, con el glacialismo, la impasibilidad que los Apeninos ven caer á su pié bajo el ala de las tormentas las flores y las galas de la primavera. Vime, pues, rechazado al principio; mas despues, cuando fui comprendido por ella, me contentó en medio de su desesperacion, de su abatimiento, de sus lágrimas este

triste y sencillo drama que es la historia de su vida: renunció á decir á mis lectores sus primeras palabras porque tal vez no las comprenderían.

Aquella noche me habló Alberto de su amor, amor verdadero y profundo que sentimos una vez mientras existimos, que agota las fuerzas del alma, vivo, simpático, comparable solo al que yo sentía hácia él; ¡ah! ¿es verdad, amigo mio, que aunque ahora llore mi triste soledad y abandono probé ya la felicidad de los ángeles y apuré la copa del placer?... empero cuán largos y cuán irremediables son mis males, porque las lágrimas que se derraman sobre las tumbas son lágrimas estériles, eternas.

Dos meses de felicidad ignorada, misteriosa, son cosa nueva en la vida; ¡oh! y qué bellos son los paseos nocturnos y solitarios al brillar pálido de la luna, apoyados lánguidamente en el brazo del objeto amado, por entre aromáticos jardines y sombríos bosquecillos, y oír los trozos de los báquicos cantares y los gritos de alegría de ese mundo delirante que aplaude el vicio con frenesí y esearnece la virtud con amarga ironía, todo ello llevado al oído de esos seres que se aman por la tímida brisa y mezclado con el perfume de las flores.

Y debe ser misterioso ese amor; porque si el mundo lo adivina, entonces es un imposible porque debe ser un crimen; ¡no saben que hay hombres de alma cándida y entusiasta que aman, que no pueden arrojar en los brazos de la Venus impúdica porque perderían la vida del corazón, que es toda su existencia, como el aura balsámica pierde su perfume al arrastrar su invisible manto por la cenagosa superficie de los charcales, para quienes el amor puro y virtuoso es una necesidad, que creen que la muger es una flor lánguida y delicada, la que marchita el fétido aliento de las pasiones impuras, y para quien es esa esclava con dorada cadena, es lo que á las flores el rocío y á la aurora el canto de las aves!!!

Cuántas veces en nuestras escursiones por los campos ó á las orillas de un límpido arroyo oyendo las melancólicas palabras que pronunciaban los céfiros en el seno de los humildes juncuales ó en la elevada copa de los abedules de cambiantes colores pensábamos en la sociedad que busca la dicha en las ciudades populosas y en los estrepitosos placeres, y la decia Alberto en medio de su entusiasmo: «Pobre materialista, te tengo compasión, no sabes marchar hácia la dicha sino por las vías del crimen, y luego quieres acallar los remordimientos de tu seno en los brazos de impúdicas cortesanas ó en el fondo de las copas; ¡engaño! por mas flores con que cubras el sepulcro, nunca será tanto que deje el acaso de mostrar su severo perfil.» Y ahora comprendo lo que responde á eso la sociedad: «Pobre espiritualista, te tengo lástima; crees en el amor puro de la muger y en la virtud; ¡mentira! ¡quieres hacer del escabel de tus pies la corona de tus sienas!!!

Empero ¿qué nos importaba esto á nosotros? éramos completamente dichosos; mas nada hay tan cierto como el no puede haber felicidad en la tierra. Tiempo hacia ya que un hombre que poseia cual ninguno el arte de la astucia y de la hipocresía me amaba como aman las hienes á su presa: ¡cómo, podía amar su corazón depravado! prodigábame mil atenciones, dirigíase á mi con cariño respetuoso, sin hablarme empero jamas de amor. Sentia yo hácia él invencible repugnancia; mas no podia rechazarle, pues

nada encontraba á pesar mio de criminal en su conducta exterior, y ademas era como sabeis (pues ya habreis comprendido de quien hablo) hijo de un hombre honrado á quien mi familia estaba ligada por afecciones antiguas de amistad y lejanos vínculos de parentesco.

Pasaron asi algunos meses. Una noche estaba yo en el teatro con mi anciana y bondadosa tia; Alberto no nos habia seguido pretestando un negocio importante; tiempo hacia ya que tenia celos de ese hombre, y aunque no dudaba de mi, quiso ver cual era la conducta que observaba durante su ausencia; á poco subió él al palco, se sentó á mi lado y me habló de cosas indiferentes. Pasado un rato y mirándole yo, pensé no sin horror que sus palabras casi vacías de sentido no podian estar acordes con sus maneras apasionadas; que cualquiera que le viese á lo lejos pensaria que estábamos en una confidencia de amor, y ademas si todo ello podria hacerse con este objeto; no me equivocaba, el infame habia visto á Alberto y creia que habia sonado su hora.

Por una emocion de mero instinto huí pálida y consternada al seno de mi tia; esta me preguntó con terror si estaba enferma, y tuve que pretestar una indisposicion: á pesar de cuanto la dije, insistió ella en que nos fuésemos y aceptó la compañía de mi perseguidor.

Aquella noche el insomnio se sentó á la cabecera de mi lecho; no ha pasado por mi otra mas larga; mi imaginacion columbraba á lo lejos con formas vagas é inciertas velada en fúnebre crespon alguna horrible desgracia.

Al otro dia apuntaba el alba en el horizonte; las tímidas estrellas palidecian y el aura de la mañana sacudia apenas la húmeda cabellera de las acacias del jardin, cuando ya vagaba yo inciertamente melancólica por sus silenciosas y aromáticas calles; sentéme al azar en un banco de verdura y al aura que sacudia el rocío de las acacias y á la naturaleza toda casi adormida todavia, pedia el triste oróscopo de mi destino. Arrancáronme luego á mis fúnebres pensamientos las siguientes palabras que escuché tras un grupo de jazmineros que me ocultaba á las personas que los pronunciaban: eran estas mi tia y el hombre que tanto terror me habia causado la noche anterior.

«Pobre niña, decia la bondadosa anciana, ¿qué será de ella asi que sepa tan fatales nuevas? ¡cuánto os agradecerá vuestra noble y heroica conducta!!!»

«Dejad eso, señora, interrumpió él con ademan de modestia; tan solo he cumplido con un deber, aunque haya sido de una manera bien estéril por cierto.»

«Mi tia le miró con indefinible expresion de agradecimiento; luego repuso con inquietud:

«Mas vos no debeis abandonaros asi, y esa herida que recibisteis en el brazo por defenderle, que he reconocido aunque tratasteis de ocultarla....»

«Es bien poca cosa, saltó él con perfecta apariencia de pesar y casi de vergüenza.

«Con qué todo ha sido inútil! dijo mi tia, ¡Dios mio, cómo podré yo decir á Natalia Alberto ha dejado de existir!!!»

Entonces oyeron un ruido semejante al que produce un cuerpo sin vida

que cae con toda su fuerza de inercia; acudieron presurosos y me encontraron en el suelo desmayada, casi muerta.

Cuando recobré los sentidos estaba sobre mi lecho; todo cuanto habia en derredor mio lo miré, lo sentí, pero con la celeridad que vemos el brillo de un relámpago ó sentimos una conmocion eléctrica; un rayo tibio del sol primaveral inundaba de luz mi estancia, y una golondrina de azuladas alas parada en la vid que trepaba hasta el balcon lanzaba en el dulce ambiente melodiosos y tranquilos cantares; al mirarlo todo, al conocer tanta ventura, tanta apacibilidad en torno mio, os lo confieso con pudor, se alzaron en mi seno vagos instintos de despecho contra el Ser Omnipotente, que como un amargo escarnio ponía tanta felicidad al lado de tanto infortunio. Luego vi á mi tia, tambien á él, atentos los dos á las crecientes palpitaciones de mi despedazado corazon. Quise saberlo todo; convenciéronse de que en el estado en que yo me hallaba era la duda muy mas desgarradora que la realidad misma. ¡Cuánto debía yo á uquel hombre!!! Esucchad su narracion.

«La noche que nos retiramos del teatro de una manera tan repentina, marchábase á su casa: era bien tarde ya, iba con su criado: en una callejuela apartada oyó un ruido de armas; acercóse al lugar del combate, y un hombre se defendia apenas ya de varios asesinos que le tenían cercado, y en el apuro último reconoció en él á Alberto... púsose á su lado... mas era tarde, y tan solo pudo... ¡recibir una herida en su defensa!! ¡Cayó él, huyeron los asesinos, Alberto barbotó algunas palabras que eran su último á Dios para mí y... exhaló el último suspiro pronunciando mi nombre!!...»

Interrumpió Natalia su narracion por algunos minutos, y luego siguió haciendo un visible esfuerzo.

«El agradecimiento, las súplicas de mi anciana tia moribunda, á quien yo amaba con delirio... dos años y medio despues estábamos ya unidos con los lazos que no puede desatar sino la muerte.

Una noche oí á mi marido un sueño, ¡infame! ¡todo lo dijo con sus mas minuciosos detalles; él sentia remordimientos, tenia miedo!! ¡un duelo nocturno... un asesinato y una herida que habia dejado á los ojos de todos una honrosa cicatriz!! ¡malvada!! ¡oh, estaba frenética: respirar el mismo aire que él, partir mi techo con el asesino!!... ¡cogí un puñal y le atravesé el corazon!!...»

Dios mio, bien lo sabeis, dijo Natalia en medio de su delirio, porque estaba delirante, frenética, ¡si en aquel momento hubiese sentido germinar en mis entrañas un hijo suyo, le habria ahogado con mis manos!!!

Interrumpióse la desventurada un breve rato; luego acabó con tono de profundo y tristísimo dolor.

«Despues cuando algunos entraron en la habitacion nupcial encontraron un cadáver y una moribunda; mas á mi me arrancaron con crueles precauciones y cuidados de las garras del suicidio.

Lo demas bien lo sabeis; harto fácil es de adivinar mi porvenir.»

Calló Natalia; yo la miré como se mira un ángel que huye, como se llora una hermosa creencia que pasa, y vertí con ella amargas lágrimas al recuerdo de la fatalidad que persiguió su pobre existencia.

Al otro día cuando la buscaban para llevarla por última vez ante sus jueces, la hallaron fría, inanimada sobre el pavimento del calabozo: la desventurada había muerto de una aneurisma en el corazón.

Yo riego todos los días con mis lágrimas y adorno con flores el sencillo sepulcro de la desgraciada que no puede esperar de la sociedad otra cosa que el olvido.

MANUEL DE GÓNGORA.

(Granada, 841.)

(Omnibus mensual.)

Compendio de economía política.

Nociones relativas á la produccion.

La economía política es la ciencia de las riquezas: comprende el conjunto de las ideas relativas á la produccion, á la distribucion y al consumo de las riquezas. El nombre de esta ciencia asombra, y todos creen conocer las nociones de que se compone; así sucede con la política.

Los conocimientos económicos no son un espontáneo fruto del espíritu humano, sino el resultado de la meditacion y del trabajo. Elaborados en un concurso científico nada tienen de repugnantes ni de áridos, pueden con facilidad adquirirse sin necesidad de grande ingenio ni de agotar los talentos.

De la riqueza.

Ademas del oro, plata y piedras preciosas hay otras riquezas: las hay tambien ademas de las casas, las tierras, los alimentos y los vestidos; todo cuanto puede satisfacer la necesidad y los deseos del hombre debe llamarse riqueza.

Algunas riquezas son comunes á todos los hombres como el aire y el sol; otras pertenecen á los hombres en comunidad y á las naciones; la mayor parte están reservadas á los particulares, distribuidas entre sí en virtud del derecho de propiedad.

La economía política se ha limitado hasta ahora á indagar las causas por las cuales crecen y decrecen las riquezas, y solo se ha empleado bajo el punto de vista en que las leyes rigen la propiedad.

Del valor de las cosas.

Cuando se quiere comparar una riqueza con otra, ó medirla por decirlo así, se usa la voz *valor*. El valor de cada cosa se halla fijado por el cambio: es el resultado de la valoracion contradictoria practicada entre el que necesita ó demanda y el que produce ú ofrece.

El valor de una cosa está fundado sobre su utilidad: su utilidad es la facultad de satisfacer á las necesidades y á los deseos de los hombres.

De la produccion.

Producir es crear objetos que ofrecen utilidad, y proporcionársela á

las cosas que ántes no la tenían. El coral perdido en el seno de los mares no presta utilidad; el pescador se la da por medio su trabajo: cuando lo ha sacado y puesto à disposicion de los que le desean ha producido y creado, no un átomo de materia por ser imposible al hombre, pero sí una cosa útil, una riqueza. El comerciante que ha transportado una mercancía de un lugar donde era inútil ó casi inútil, à otro en que es mas útil, ha creado y producido tambien una riqueza.

La produccion de utilidad se debe distinguir cuidadosamente del aumento de volúmen. Una libra de hierro bruto que apénas cuesta tres reales en fábrica, vale transformado en acero, y este acero empleado para la fabricacion de muelles de reloj, mas de mil pesos.

De los capitales.

El trabajo es el creador de la riqueza; pero necesita una materia para obrar y le faltan instrumentos. Para que el labrador produzca le son necesarias tierras é instrumentos de labranza. La tierra y aquellos instrumentos son para él de la mayor utilidad y le sirven para crear y producir una riqueza. El artesano y el fabricante tienen igualmente necesidad de herramientas y máquinas para el trabajo y materias brutas para ejercicio. Estas materias, estas herramientas, estas máquinas se designan bajo el nombre general de *capitales*. Los capitales son unas riquezas naturales ó acumuladas que sirven para producir otras mayores.

No debe perderse de vista que las denominaciones de capital y de productos son esencialmente relativas. El lino es un producto relativo à la agricultura, es una materia bruta, un capital respecto al que fabrica el hilo: el hilo mismo no es mas que una materia bruta para el tejedor, y la tela, que es un producto para este, es otra materia bruta para las costureras que le emplean en hacer camisas. Debe observarse que cada nueva forma que se da al producto del lino adquiere un nuevo precio, y que este precio debe cubrir todos los gastos que se han hecho para darle nueva forma y nueva utilidad.

De la ciencia.

La ciencia de las leyes generales de la naturaleza es uno de los principales agentes de la produccion. Los que han calculado el partido que podria sacarse de las leyes, de la gravedad, de la elasticidad y de la materia; el que ha descornado el velo del misterio por tanto tiempo ignorado de la potencia del vapor, han desplegado ante los hombres inmensos medios de crear riquezas y reproducirlas. Su ciencia es diariamente la auxiliar del simple obrero y del capitalista. Esta concurre sin cesar à la produccion.

De los productos materiales.

Generalmente se figura la riqueza bajo la forma esclusiva de moneda metálica, ó bajo la de objetos materiales. Sin embargo, existen riquezas inmaterial. Un juez recibe un salario: este salario es el precio de un servicio que proporciona utilidad: por consiguiente es una riqueza. El servicio de un músico, de un actor, de un médico, de un abogado, son igualmente un producto, inmaterial es verdad, pero tan evidentemente útil y real que nadie se escusa en pagarles un precio. La propiedad de los pro-

ductos inmateriales es de consumirse al tiempo mismo que se producen, y de no ser susceptibles de acumulacion.

Del precio.

El valor de cada mercancía se mide por el cambio de esta mercancía por otra. Para facilitar las transacciones se ha tomado una para punto de comparacion de las demas; esta es la moneda. Decir el valor de una mercancía en moneda es clasificar el precio. El precio es pues, la general expresion del valor de las cosas.

Por efecto del cambio y de la invencion de la moneda se transformo sin cesar la riqueza, y por esta razon se ha generalizado de una manera casi indefinida: en los discursos ha tomado la forma de moneda; y así se dice: fulano posee tantos pesos, tantos francos, tantas libras esterlinas, ya se entiende que no se halla en posesion de aquel numerario, pero sí que tienen este precio sus fincas ó mercancías.

El precio de cada cosa es el resultado de un debate contradictorio entre el comprador y vendedor. Este precio varia sin cesar. Cuanto mayores son las necesidades ó deseos de comprar, cuanto mayores sean los valores cambiables que posea y el número de riquezas que obtiene el hombre, tanto mayores es el precio que ofrece por los objetos que se propone adquirir. Por el contrario, cuanto mas es el deseo ó necesidad de vender en que se halla el vendedor, cuanto mas difícil se le hace la salida de sus efectos, tanto es menor el precio que ofrece el comprador por ellos.

Lo que es verdadero para dos particulares, vendedor y comprador es verdadero igualmente para todos los vendedores y todos los compradores que se hallan reunidos en un mismo sitio. De aqui nacen las variaciones que se observan en los precios corrientes. Cuando una mercancía es ofrecida en abundancia y tiene poca demanda, el precio en que se vende es tambien poco elevado: si es poco ofrecida y muy demandada sube en óndees de precio. En ambos casos su valor intrínseco y su utilidad filosófica son casi lo mismo; pero en un momento, en un sitio dado, no tiene igual utilidad que en otro tiempo y que en lugar distinto.

De la ganancia.

Dar utilidad y valor á los objetos que el hombre posee, producir en una palabra, es el único medio lícito y honroso para enriquecerse. Cada cual procura producir por este medio. Pero la produccion de cada objeto agradable en un tiempo y en lugar dados tiene sus límites. Cuando el precio de un producto no es igual, ni aun superior á la suma de adelantos hechos para adquirirlo, y no deja ganancia, debe suspenderse, porque deja de ser ventajoso. Supongamos que en un tiempo y en un lugar donde solo se piden 10.000 varas de paño se producen 49.000, entónces el valor de cada vara quedará reducido; supongamos que por esta razon en vez de venderse á 20 rs. se vende á 15. Si las lanas compradas por el fabricante, si los salarios que ha pagado, si los gastos y alquileres de la fábrica ascienden á una proporcion que sale cada vara por 17 rs., en vez de haber producido ganancia al fabricante, le ha causado una pérdida, que calculada asciende á 2 rs. por cada vara de paño. Si se hubiese vendido á 20 reales, entónces hubiese producido y dejado de ganancia 3 rs. por vara. Na-

tural es que el fabricante que tal pérdida sufriese, poco produciría en lo sucesivo. Así que la producción de una mercancía debe suspenderse tan luego como se vea que los gastos de producción que establecen el precio, son superiores á aquella, y no dejen ganancia.

Del empleo de los capitales.

Producido un capital puede realizarse en numerario y en depósito. En este último caso no sirve ni al que así le emplea, ni á la sociedad: y existe no obstante.

Un capital puede convertirse bajo la forma de muebles y trages, entónces sirve solo al particular cuyos goces aumenta; pero es estéril y al cabo de algun poco tiempo perece.

Tambien puede emplearse el capital en la producción, como por ejemplo, para adquirir materias brutas á la industria y beneficios á la agricultura; entónces el capital se reproduce bajo la forma de objetos fabricados y cosechás, y no solamente se reproduce sino que gana un interes, que se aumenta y fecunda el trabajo del operario y generalmente el de todos cuantos se hallen encargados de ponerlo en obra. El capital prestado á interes se emplea ordinariamente de una manera productiva, porque el pago del interes supone una producción perpétua de riquezas.

El capital que acabamos de hablar puede recibir aun otro empleo: puede ser consumido, destruido instantáneamente por unos cortos goces, por ejemplo, bajo la forma de un fuego artificial. En esta hipótesis, el particular que poseia este capital y la sociedad se han empobrecido igualmente.

Mucho se equivocan los que dan animación al lujo. No solo corrompe á los ciudadanos pero empobrece á la sociedad: emplea capitales considerables de los cuales no queda otra cosa que vanos goces é insignificantes provechos para aquellos por cuyo conducto se hacen los gastos del lujo.

De la acumulacion de los capitales.

Las sociedades se enriquecen por los mismos medios que los particulares. La economía es el inteligente y productivo negociador de los capitales, y el trabajo es el agente para enriquecerse. La prodigalidad, el lujo y la pereza producen contrarios resultados. Es singular que la opinion pública haya tan largo tiempo estado alucinada hasta el extremo de alabar el lujo, y deprimir la economía y el préstamo á interes.

De los consumidores.

Una mercancía tiene el valor á proporción de la demanda que de ella se hace: adquiere mayor valor á proporción que es mas buscada, y los que la desean son mas ricos. No basta para enriquecerse el fabricar y producir, es necesario que haya consumidores y compradores. Estos compradores no pueden pagar una mercancía sino con otra. Un particular, pues, una nacion, tienen interes en que sus vecinos con quienes median relacion de negocios, sean ricos, y tengan muchas producciones que ofrecerles en cambio.

Tambien es de interes de los productores que los pobres se enriquezcan, que los ociosos trabajen: lo es igualmente de los pueblos civilizados que los pueblos bárbaros se civilicen y produzcan para consumir.

De la concurrencia.

Un ramo de industria proporcionaba al que la ejercia razonables provechos; otro industrial se establece á su lado para fabricar productos semejantes á los suyos: el precio de estos productos debe necesariamente disminuir, si no acuden al propio tiempo nuevos consumidores. Entónces el primer in-

dustrial está obligado á contentarse con menor provecho ó tal vez á no ganar nada, si no halla medio de producir con mas ventajas y volver á adquirir los consumidores que antes acudian á él. Su concurrente hace entonces iguales esfuerzos y bajo esta doble influencia bajan los precios, se aumentan los consumidores, y acrece la riqueza de la nacion. Tales son los efectos útiles de la concurrencia.

Pero si ninguno de los dos concurrentes mejora sus efectos para aumentar consumidores, llega á tal extremo la baja del precio por la poca concurrencia, que el producto no representa los gastos de la produccion. Entonces se agitan los capitales de los dos productores, y el que de los dos pierde menos se conserva, al paso que el otro queda arruinado. Tal es el efecto contrario que á veces produce la concurrencia.

Dedúcese de todo esto que la concurrencia es favorable al consumidor porque disminuye el precio, favorece á la perfeccion de la industria, porque exige sin cesar nuevos ensayos é invenciones nuevas, el paso que la concurrencia es terrible para los productores. Hace de la industria una arena en que la necesidad de vencer ó morir es mas imperiosa que en los campos de batalla, y la necesidad del combate con armas iguales hace á veces sacrificar la buena fe.

¿No habrá medio de moderar ó destruir los funestos efectos de la concurrencia? ¿No se pudiera prevenir por medio de reglamentos la destruccion de los mercados, la pérdida de los capitales y la reduccion de los salarios sin herir de muerte á la industria? Este problema no está aun resuelto. La mayor parte de los gobiernos han cometido tales abusos en la facultad de dar reglamentos para la produccion, que ya se desconfia de ellos con justos motivos. Por lo demas, los abusos de la concurrencia no han traspasado sus ventajas de una manera evidente para todo el mundo; y á igual peligro prefiere el hombre someterse á una ley que tenga todos los caracteres de la necesidad que á otra que emane del poder humano y conocido.

(*Guia de Comercio.*)



F. Guasp editor. — Imprenta nacional.